

Significación soteriológica del consentimiento de María a la embajada del Angel. (Luc. 1,38) *

Por FLORENTINO OGARA, S. I. — San Miguel.

El consentimiento de la Virgen Santísima al misterio de la Encarnación es, supuesta la elección divina, la clave de todos los privilegios de nuestra Reina y Señora. De aquí dependió evidentemente su Maternidad divina, puesto el plan de Dios de que ella libremente cooperara con un acto positivo de su voluntad al misterio de la Encarnación. De aquí procedió su asociación al plan redentor de Cristo. De aquí, por consiguiente, su maternidad espiritual de los hombres. De aquí su participación en la repartición de las gracias como Medianera universal.

I

Para entender el valor *soteriológico* (esto es, en orden a la salvación o redención del mundo) del consentimiento de la Virgen Santísima al misterio de la Encarnación, es preciso tener en cuenta principalmente los tres versículos de San Lucas en los que nos describe: 1.º el hecho histórico de la embajada del Ar-

* Esta lucubración fué leída por el autor en la Semana Bíblica de Madrid del año 1941. No se publicó antes, por haber andado el autor ocupado en otros ministerios y en viajes. Hoy es de especial actualidad, y se entaza bien con los temas que hemos tratado en el número anterior. Las abreviaturas de los autores citados son fáciles de entender, y se supone que la cita es de los comentarios en los lugares correspondientes, cuando no se advierte otra cosa. Así, por ejemplo: *Jans. Tol. Sylv.* quiere decir: *Jansenio Gandavense, Toledo, Sylveira* en sus comentarios respectivos al pasaje de que se trata.

cángel San Gabriel y el objeto mismo de la embajada —*Missus est Gabriel Angelus*, etc. Lc. 1, 26. *Ecce concipies in utero et paries Filium— et vocabis nomen eius Iesum*, etc. (Lc. 1, 31); 2.º el consentimiento dado por la Santísima Virgen, *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum* (Lc. 1, 38) y 3.º la retirada del Arcángel, precisamente después de obtenido el consentimiento, y no antes. *Et discessit ab ea Angelus* (ibid.).

Son tres hechos fundamentales íntimamente ligados entre sí. Sobre ellos se ha de fundar todo ulterior discurso, y a ellos nos hemos de ceñir en este humilde estudio exegético-teológico, suponiendo, más que exponiendo, otros riquísimos matices de la sublime embajada con su delicioso diálogo, mezcla de virginal candor e impenetrable profundidad.

Como nota SALMERÓN (t. 3, tract. 1), «este suavísimo y hermosísimo evangelio de la anunciación contiene una insigne y por todo extremo ilustre embajada. Porque grande, más aún, máximo es el príncipe que envía la embajada; grande es el enviado; asimismo grande es aquella a quien la embajada se destina; grande a su vez, y de suma importancia el negocio de que se trata, no particular, sino universal y que atañe a la salud de todo el mundo. Excede, pues, tanto esta embajada a todas las demás, cuanto Dios es mayor que el hombre y cuanto el negocio de la Encarnación sobrepaja a todos los demás negocios. Este asunto tan sublime el Evangelista lo describe con tal manera de decir, que por su nativa sinceridad y pureza lo presenta de un modo diáfano, y por la suavidad y majestad de él embelesa y deleita el ánimo de los lectores, y al mismo tiempo se recomienda por la ingenua sencillez y verdad ajena a todo artificio».

Para establecer la certeza de la historia, San Lucas describe distintamente todas las circunstancias: el tiempo, el lugar, la persona enviada, y la persona a la cual se envía la embajada (JANS). Y fué conveniente este principio de nuestra reparación en consonancia con el principio de nuestra perdición, que, a saber, fuese enviado por Dios un ángel a aquella virgen que había de ser consagrada con el divino parto, como antiguamente fué enviada por el diablo la serpiente para engañar a Eva con espíritu de soberbia; y como Eva creyendo a la serpiente fué corrompida por la concupiscencia; así esta Virgen, creyendo al ángel, fué privilegiada con la concepción divina, para que

los hijos de Eva fuesen libertados y santificados por el hijo de la Virgen (JANS). Además, «pertenece a la ordenación divina, como dice Sto. Tomás (I. p., 30 art. 2), que los beneficios divinos lleguen a los hombres por mediación de los ángeles».

II

Es un hecho indiscutible, y que por lo mismo nadie discute, que Dios libérrimamente requiere el consentimiento de la Virgen. Por eso todos los exegetas que llegan a este punto se preguntan solamente el por qué de este proceder divino.

Las respuestas son varias y muy hermosas, para probar la conveniencia del conocimiento previo y del consentimiento ya por parte de la Virgen Santísima individualmente, ya por parte del género humano.

¿Por qué requiere Dios el consentimiento de la Virgen? Suelen alegarse varias razones que el Padre KNABENBAUER nos presenta reunidas en un ramillete, a saber: — que «se celebraban como los desposorios del Hijo de Dios con la naturaleza humana; por donde era convenientísimo que interviniese el consentimiento de aquella que era como la esposa del Espíritu Santo y representáse la naturaleza humana y la Iglesia; — además, para que así como por el consentimiento de una mujer tuvo origen la ruina del género humano, así la reparación procediese por el consentimiento de otra mujer...; — también, porque nos quería Dios dar a entender que nuestra reparación no tiene lugar sin nuestra cooperación; — fuera de eso, para obligarnos a honrar a la Santísima Virgen con grande afecto de amor, ya que nuestra salud le había sido como puesta en sus manos y consentimiento (*cuius quasi arbitrio et consensui salus nostra fuisset commendata*), puesto que el Verbo de Dios no había querido hacerse hombre por nosotros, sino consintiéndolo María; — que también era conveniente que, en cuanto fuese posible, María concibiese dignamente; y que para esto había sido preparada por las palabras del ángel, y con el ejercicio de las virtudes de fe, obediencia, humildad, caridad, que en aquella ocasión había ejercitado» (Cfr. *Tol., Sylv.* I. 1, c. 5 qu. 56). KNABENBAUER h. 1.

Por su parte, LUCAS BRUGENSE pregunta: «Y por qué pareció a Dios exigir el consentimiento de la Virgen?» «Podía obrar en ella cuanto quería sin que ella lo supiese, más aún, sin que ella lo quisiese». Y responde: «No hubiera sido decoroso para la Virgen llegar a ser madre, sin saber qué prole era ni de dónde venía; y mucho menos que concibiera contra su voluntad: porque ¿qué amor podía ser el de la madre a una prole incierta, desconocida, o intrusa? Más aún: ya que la encarnación del Hijo de Dios tendía a corregir las voluntades de los hombres, y encenderlas en la caridad de Dios, fué necesario ante todo que la Madre de Dios ardiese en suma caridad para con El: lo cual no hubiera podido ser, si no supiese de antemano qué hijo y de qué calidad iba a ser el que había de concebir, y cómo sería el modo de la concepción, y no consintiese a la vez en su concepción y en el modo de concebirle».

Además se le anuncia el misterio con toda claridad: *Ecce concipies in utero et paries Filium et vocabis nomen eius Iesum; hic erit magnus et Filius Altissimi vocabitur, etc.*

Las primeras frases son un eco perfecto de las de Isaías (7, 14): *Ecce Virgo concipiet et pariet filium et vocabitur nomen eius Emmanuel*. Recuérdese que San Mateo, al hablar de la concepción virginal y del nombre de *Jesús* que ha de imponerse al niño, porque ha de salvar a su pueblo de sus pecados, alega este pasaje de Isaías diciendo: «Todo esto sucede en cumplimiento de lo que dijo el Señor por medio del Profeta: He aquí que la Virgen ha de concebir y dar a luz un niño, el cual será llamado [será en realidad] *Emmanuel*: Dios con nosotros» (Matth. 1, 21ss.).

La Virgen Santísima no vacila sobre la realidad del hecho, sino que prudentemente inquiere el modo de la concepción. Por eso lejos de merecer reprensión, como Zacarías, es ilustrada por el Ángel.

La Virgen Santísima no duda: AMBR. *Haec iam de negotio tractat; ille (Zacharias) adhuc de nuntio dubitat*. CAYETANO: *Et ex hoc ipso quod inquirat modum, non quo fieri potest, sed quo erit, manifestat se credere*.

Y expresamente lo dice, movida del Espíritu Santo, Santa

Isabel: «Beata quae credidisti». No tenemos, pues, necesidad alguna de ponernos a refutar a los racionalistas¹.

Y ¿qué hace la Virgen Santísima? Levantada a la dignidad de Madre del Mesías —dignidad que sin duda ambicionaban sumamente y con avidez extrema todas las mujeres de Israel— dijo, v. 38, (*dixit autem Maria*): *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. «Vide humilitatem, vide devotionem; ancillam se dicit Domini quae mater eligitur, nec repentino exaltata promisso est; simul ancillam dicendo nullam sibi praerogativam tantae gratiae vindicat quae faceret quod iuberetur» (*S. Ambr.*). De este modo la madre nos muestra desde ahora la índole de Aquél cuyo alimento era hacer la voluntad de Aquél por quien había sido enviado. La obediencia de María la pinta EUSEBIO del modo siguiente: «Soy esclava del Señor; soy tabla de pintura; pinte el pintor en ella cuanto quisiere; haga cuanto le plazca el Señor de todas las cosas». Y mucho antes que EUSEBIO lo había dicho ORÍGENES con la misma metáfora, como se ve en la catena de CRAMER.

Enseñada acerca del modo y de la virginidad en todo caso intacta, ya no pregunta más, sino que se ofrece pronta a todo, y cuanto más había oído que había de ser elevada a la dignidad de madre del Mesías hijo de Dios, tanto más se refugia en el gremio de la humildad, y se reconoce y ofrece como esclava (*Cai.*); *fiat, etc. Hágase (génoito)*: «ya no solamente creyó, sino que además deseaba, que se obrase en ella como le había dicho el ángel» (*Euth.* y semejantemente *Bed. Cai. Ians. Luc. Ipr. Schanz*); otros como *Tol.* indican que se expresa sólo el consentimiento, *secundum verbum tuum*; las palabras atestiguan una fe sincera, y la virginal modestia, porque brevísimamente abarca todo lo anunciado y honra al ángel; la prudencia, porque presta el consentimiento según la forma propuesta por el ángel, la prontitud de la obediencia, para que se cumpliesen en ella todas las cosas que Dios indicaba por el ángel; «y esta palabra —dice Toledo—, significa su admirable castidad y profunda humildad; porque el ardentísimo amor de la pureza y castidad fué quien la indujo a que, a pesar de saber que no había de concebir sino como se le anun-

¹ El P. LAGRANGE refuta en este pasaje (Lc. 1, 34) muy bien a HARNACK; comentando el *quomodo fiet istud*.

ciaba, expresara sin embargo en sus mismas palabras que con esta condición daba el consentimiento; y la humildad fué la causa de que no repitiese expresamente las palabras magníficas y gloriosas del ángel».

Por último, no deben pasar inadvertidas las palabras que cierran la sección: *et discessit ab ea Angelus*. Si no las consignara el Evangelista, se habrían de entender por sí mismas. Sólo que el consignarlas en este lugar tiene especial relieve.

Discessit ab ea Angelus. «Se retiró el Angel [de su presencia], no ya después de haber pronunciado las palabras del mensaje, sino después de la respuesta de la Santísima Virgen, para que también de este modo se representase que el Angel fué enviado no solamente para anunciar el misterio, sino también para requerir y esperar el consentimiento de la Virgen. Retírase, pues, cuando ha cumplido su embajada, y terminado el negocio para cuyo desempeño había sido enviado», *Knab*. Ahora bien, si al presentarse usó de títulos honorificentísimos, no hay duda que al retirarse dió todavía mayores señales de reverencia, saludando ya a su Señora y Reina, puesto que era madre de su Señor y Rey. (Luc.). Porque, como dice SUÁREZ (l. c., disp. 9 s. 4, 1) «es cosa cierta entre los católicos que la bienaventurada Virgen concibió al Verbo divino antes que el ángel se apartase de ella; porque ésta es la sentencia común de los Santos. Y que el misterio de la Encarnación se cumplió y el Verbo se hizo carne en el mismo instante en que se acabaron de pronunciar las palabras de María, de modo que en aquel momento concibiera la Virgen, es asimismo sentencia cierta entre los teólogos y confirmada con el voto de los Padres, como dice Eutimio: se retiró [el ángel] al mismo tiempo que por su palabra [María] había concebido». *Knabenbauer*, in Lc. h. 1.

Discessit ab ea Angelus dice por su parte el Brugense: [*apélthen*] se retiró, se fué como quien había desempeñado la embajada y terminado el negocio por cuya causa había venido: como volviéndose a Dios de quien había sido enviado para exponerle el feliz resultado de su embajada. Ya que esto se añade para que entendamos por la misma retirada que se había cumplido plenamente el negocio por cuyo cumplimiento había venido. Ahora bien, la legación se enderezaba a que, expuesto a la Virgen el plan de Dios y obtenido su consentimiento, el Verbo

se hiciera carne. Desde el momento que esto se cumplió, se retiró de ella, por lo que hace a la aparición externa: porque es verosímil que invisiblemente se quedó con muchos otros Angeles a título de guardia, de ministerio, de reverencia y de honor. Y si al presentarse y en el primer saludo empleó títulos tan honoríficos, no hay duda que al retirarse dió todavía mayores señales de reverencia, saludando ya a su Señora y Reina, toda vez que era madre de su Señor y Rey».

Con razón se compara este *Fiat* de la Virgen, ya con el *Fiat* creador, ya también con la eficacia de la palabra sacerdotal en la Consagración eucarística.

Estos son como los nervios de la exégesis para el fin que pretendemos.

III

Vamos ya a razonar sobre este fundamento firmísimo, formado por hechos revelados e indiscutibles.

Ante todo hemos de suponer que la Virgen Santísima *entiende* perfectamente la embajada.

Advirtamos que la relación misma de San Lucas directa o indirectamente procede de ella; pues no había en la escena más testigos que ella y el Angel. Pues si ella misma tan sobria en su alabanza recuerda perfectamente las fórmulas de la embajada: «He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús — éste será grande y será llamado [esto es, será en realidad] el Hijo del Altísimo»; sería de un mínimo desconcertante el pensar que no entendía lo que se le quería decir con el nombre de Jesús ni con la frase «será llamado el Hijo del Altísimo», que en hebreo significa simplemente será el *Hijo del Altísimo*, como cuando poco después se le dice de Isabel, que *es llamada*, esto es, que es en realidad *estéril*. Y si a José en su zozobra le dice el ángel que al niño le ha de llamar JESÚS, *porque ha de salvar al pueblo de sus pecados* (Matth. 1, 21), sería mucha mezquindad regatear a la Virgen este conocimiento de lo que significaba la palabra JESÚS cuando se le dice: Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre JESÚS (Luc. 1, 32). Entendía, pues, sin duda,

que aquel JESÚS se llamaría con este nombre, porque había de salvar al mundo de sus pecados.

Por lo demás el nombre de JESÚS no es solamente *salvación* o *Salvador*, sino *lahweh salvador* o *lahweh salva*, porque la forma *Yeshu*^a es contracción de *Y^ehoshu*^a o *Yoshu*^a Josué, que, con el nombre divino antepuesto, tiene la misma construcción que *Y^eho'ahhaz lahweh prehendit*, o *Y^eho'ash lahweh fortis est* y otros análogos. *Jesús* es cumplimiento de lo que enfáticamente dice Isaías: *Deus ipse veniet et salvabit vos* (Is. 35, 5, 6).

En la parte de comentarios de Orígenes a San Lucas consignados en la *Catena* publicada por Cramer, tenemos estas expresivas palabras sobre las primeras frases del Magnificat: *Et exsultavit spiritus meus in Deo salutari meo*: «en Dios, *mi salvador*: porque salvador mío es y Dios, que comunica por mi medio al mundo la salvación». Luc. 1, 46.

Nótese que éste «en Dios mi Salvador», equivale a la frase hebrea «en Dios *mi Jesús*», o, si se quiere, como traduce Delitzsch al hebreo, en «el Dios de mi salud»: *b'lohe yish'i*, que nos da la razón última de la grandeza de la Virgen en su asociación a Dios como Salvador del mundo.

Hermosamente comenta Lucas Brugense: «*Dijo*, pues, María: Entendió María el modo de concebir que le había significado el ángel, no dispersándose, como nosotros, en los varios sentidos de las palabras, sino entendiendo inmediatamente lo que en sentido propio significaban las palabras del Ángel. Porque como la mente de Dios era enseñar a la Virgen por medio del Ángel, así Dios infundió tal luz en el alma de la Virgen, que con ella entendiéndose con perfección y claridad las palabras del Ángel. Así es que cuando entendió que había de concebir no por obra de varón sino del Espíritu Santo, haciendo Dios alarde de su omnipotencia, ya no pregunta nada ulteriormente, sino que aceptando con sólida fe la promesa, aunque superior a la razón humana, se ofrece por entero a Dios sin vacilación alguna. *Dijo*, pues, llena del don de inteligencia y de fe, creyendo que por operación divina había de suceder cuanto el Ángel le había dicho.

«*Ecce*: He aquí: el Siriaco añade *yo*: *Héme* aquí o he aquí *yo* la esclava: que por lo demás se ha de sobreentender; por ser propiedad hebrea el *Ecce ego*, que ocurre frecuentemente (I Reg. 3, 4 sq.; Is. 6, 8), en vez de: heme aquí, dispuesto estoy: porque

la Virgen se presenta pronta y preparada al servicio del Señor».

No menos expresivo y palpitante es el comentario que el mismo Lucas Brugense hace de las palabras «*Fiat mihi secundum verbum tuum*»:

[Fué necesario (nos ha dicho antes) que la Madre de Dios ardiese en suma caridad para con El; lo cual no hubiera podido ser, si no supiese de antemano qué hijo era y de qué calidad y cómo le había de concebir, y no consintiese a la vez en su concepción y en el modo de concebirle]. «Esto, es, añade, lo que hizo con las palabras «*Cumplase en mí según tu palabra*», aunque no solamente consiente, sino que desea y anhela que se cumpla en ella la palabra del Ángel». Y alega, con las de San Bernardo, estas palabras de San Ambrocio: «*Ecce ancilla Domini, apparatus officii est; secundum verbum tuum, conceptus est voti. He aquí la esclava del Señor*, es disposición de ánimo propia del deber; *según tu palabra* es formulación de un deseo».

En la Biblia de PIROT hallamos en este pasaje una nota de un minimismo desconcertante, debida al comentador L. MARCHAL, p. 28. Copia primero el hermoso comentario de MÉDEBIELLE, que dice así:

«*L'enfant sera grand. De Jean l'ange avait dit qu'il serait grand devant Dieu, d'une grandeur voilée aux yeux des hommes. Jésus sera grand de façon absolue, sans aucune restriction. Il sera appelé le Fils du Très-Haut. Dans l'A. T., le titre de Fils de Dieu était métaphoriquement attribué au peuple d'Israël (Ex., IV, 22-23) ou à des hommes qui, à un titre quelconque, représentaient la Divinité. Les rois étaient appelés fils de Dieu (II Reg., VII, 14; I Par., XXII, 10). Le Messie, roi par excellence, devait être Fils de Dieu à un degré supérieur. La véritable nature de cette filiation n'avait pas été dévoilée aux Juifs de l'ancienne alliance. Toutefois, dans le psaume II, 7: *Filius meus es tu: ego hodie genui te*, la qualité de Fils est attribuée au Messie "à titre individuel, en un sens absolument unique et réservé et sans restriction d'aucune sorte. . . Sans doute, pour le commun des Juifs, ces mots n'éveillaient pas l'idée de filiation au sens des consubstantialité divine; ils n'en sont pas moins très significatifs. Nul doute que dans la pensée de l'évangéliste, pour qui le point culminant de l'enseignement de Jésus consiste dans la déclaration de sa divinité (XXII, 70), ces paroles si expressives du psaume*

messianique, prononcées par un ange et adressées à la mère du Sauveur, n'aient été entendues par l'un et l'autre et ne doivent être comprises par le lecteur chrétien au sens propre et littéral" (Médebielle, *Annontiation*, dans D. B. S., I. 286). Precioso cuerpo: mas he aquí la cola que se añade (subrayamos nosotros): «Cependant, bien des commentateurs catholiques (?) considérant avec raison (?) que le titre de Fils du Très-Haut est en relation ici avec la qualité de Messie, ne croient pas que l'on puisse y voir la révélation claire et directe du mystère de la nature divine de Jésus». No hace falta comentar estas líneas, cuya refutación es tan obvia.

Quizás están calcadas en LAGRANGE: «La révélation va par degrés. Dire que l'enfant sera nommé fils du Très-Haut, ce n'est pas pénétrer encore dans le mystère de la nature divine. Cependant c'est plus que $\xi\sigma\eta \acute{\omega}\varsigma \upsilon\iota\delta\varsigma \Upsilon\psi\iota\sigma\tau\omicron\upsilon$ Dieu te nommera (son) fils²; cf. Ps. LXXXII, 6, où les grands affectent une origine supérieure aux simples mortels. L'enfant sera donc reconnu comme étant par excellence le fils du Très-Haut, *Hýpsistos* = 'Elion, sans article, étant presque le nom propre du Dieu des Juifs (cf. R. B. 1903, p. 366; sur la paternité de Dieu, cf. R. B. 1908, p. 481-499). Sea lo que sea de los judíos, esta embajada es *excepcional*

Con menos rodeos y ambigüedades escribe KNABENBAUER: *Filius Altissimi vocabitur, i.e erit et ut talis agnosceatur*.

Volvamos al sensato comentario del Brugense. Cita primero a S. Bernardo y dice: «El *hágase* es señal de deseo, no indicio de duda. Y en las voces "Hágase en mí según tu palabra" más se ha de entender que expresa el afecto del deseo, que no que requiera el efecto a manera de duda, aunque nada obsta el que se entienda que el *fiat* es palabra de quien ora. Y nadie ora sino lo que cree y espera; y Dios quiere que se le pida aun aquello que promete, etc. (Hom. 4 in Missus). Por último Eutimio escribe sobre estas palabras: "Ya no sólo creyó, sino que también deseaba que se cumpliera en ella como lo había dicho el Angel"».

A todo lo cual añade por su cuenta: «Y ¿cómo no había no sólo de dar su consentimiento, sino también de desear y anhelar ardentísimamente (cosa que no se atreven a confesar los autores, por no restar méritos a su humildad) aquel honor y felicidad de poder concebir al Hijo de Dios, dignísimo de todo amor

² En latín: *eris ut filius Altissimi*, frase que no hallamos en esta forma.

y deseo, cuando a ella no sólo se le promete de parte de Dios, sino que se le propone como digno de ser abrazado; y en fin sólo se difiere un poco, hasta tanto que ella acepte la condición? La humildad no se opone a la magnanimidad, ni a la caridad. Por eso la Virgen de tal manera suscribe a la promesa de Dios, siguiéndole a donde El la llama, que no sólo espera el efecto, sino aun lo desea ardientemente. De donde también procedió, que concibiera más dignamente al Hijo de Dios, a saber ejercitando varios actos de amor y caridad. Así, pues, al momento que la Virgen dió su consentimiento lleno de amor, con las palabras «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», inmediatamente el Verbo se hizo carne en su seno...» etc.

Todavía esto pudiera parecer personal de la misma Virgen Santísima, y no referirse a la salvación del mundo. Sin embargo el Brugense no lo entiende así, como se ve claramente en su contexto anterior:

«[Al decir ella: Hágase en mí según tu palabra] no repite la promesa del Angel, sino veladamente, atendiendo nuevamente a la humildad, para no parecer que se gloriaba de ella arrogantemente. Pero así como pertenecía a la humildad el no buscar arrogantemente el honor, antes bien juzgarse indigna de él, así fué obra de su magnanimidad *aceptar para salvación de muchos* lo que se le ofrecía. Porque asiente con estas palabras María a las palabras del Angel, y acepta su embajada. En efecto: el Angel había sido enviado por Dios, no solamente para declarar a María que era el plan de Dios, que el Hijo tomara su carne de ella, sino también para obtener el consentimiento de ella para este fin, como con muchas palabras lo declaran San Agustín en el sermón 18 de Sanctis y San Bernardo en la homilía 4 sobre el «Missus est».

En frases elocuentes dice también SALMERÓN (opera vol. 2.º, t. 3 et 4. 72 col. der. tract. IX inicio: «La Santísima Virgen, oído diligentemente el anuncio del Angel, mirando con los ojos de la fe al poder y voluntad de Dios, y *sedienta de la redención y reparación del mundo perdido*, concentrándose toda en sí misma, se ofreció pronta a todos los quereres de la divina voluntad, diciendo: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"». Y después de ponderar la sumisión, al llegar al *fiat mihi* (p. 72 col. izq.) dice: «Con esta palabra mostró su caridad

ferviente, su esperanza cierta, y su magnanimidad; indicando que deseaba y ansiaba lo que está sobre los deseos y pensamientos de los mortales, y lo que los mismos Angeles, si fuesen capaces de envidia, no rehusarían envidiar». A continuación alega, como el Brugense, las palabras de San Bernardo y añade:

«Demostróse también con estas palabras la grandeza de ánimo de la Bienaventurada Virgen: porque sabía la Virgen prudentísima que la Madre del Mesías había de ser expuesta a grandes dolores y tormentos sobre todas las mujeres, porque más de una vez había leído en los profetas que el Mesías había de ser azotado, escupido, crucificado, y que todas las injurias del Hijo habían de volverse en alguna forma contra su madre... Nada dijo el Angel a la Virgen de la cruz de Cristo, como lo hizo luego Simeón... pero ni aunque le hubiera dicho algo de la cruz y muerte del hijo hubiera contradicho en lo más mínimo, sino que hubiera aceptado sin condición alguna: porque también ella podía entender de las Escrituras la cruz y muerte del Mesías: por eso fué palabra de magnanimidad el decir: *Fiat mihi*: a mí primero y para mi utilidad: además también para mi honor después de la gloria de Cristo: sin embargo, lo digo también por todos».

El anciano Simeón esperaba la consolación de Israel y al tomar al divino niño en sus brazos, sabe que El es la luz de los gentiles y la gloria de Israel (Luc. 2, 32) y anuncia la pasión sangrienta del niño y la parte que la Madre ha de tener en ella, como herida por la misma espada, 2, 35. La profetisa Ana iluminada asimismo por el divino Espíritu reconoce al Niño y se pone a hablar de él a todos los que esperaban la redención de Israel, (Luc. 2, 38). Había, pues, almas selectísimas, ilustradas con luz especial, que tenían idea clara de la redención. ¿Quién, sin manifiesta injusticia, podrá negar esta prerrogativa a la Santísima Virgen, a la que el Angel saluda: *llena de gracia*?

San Juan Bautista, con evidente alusión a Isaías (Is. 53), le señala con su dedo diciendo: He aquí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo — Cordero de Dios que calla ante los que le maltratan y con esta su expiación lleva sobre sí nuestros pecados. ¿Qué razón hay para negar al Bautista este

conocimiento, tan claramente y tantas veces expresado en el pasaje de Isaías, que tiene ante los ojos³.

San Ambrosio in Luc. c. 4 supone con razón que la Virgen Santísima conocía el pasaje de Isaías: *Ecce Virgo in utero accipiet et pariet Filium. Legerat hoc Maria: ideo creditur futurum, etc.*».

Este pasaje de San Ambrosio sugiere nuevas ideas sobre el conocimiento del gran profeta. ¿Por qué no había de conocer la Virgen Santísima el Evangelio anticipado de la Pasión contenido en el c. 54 del mismo Profeta? Esto es lo que con razón concluye Dionisio el Cartujano y con él otros muchos. Dice el Cartujano (De laud. glor. Virg. Mar. lib. II a. 25): «Ideo, sicut, teste Ambrosio, legit in Isaia: Ecce Virgo concipiet et pariet Filium, sic in eodem legit propheta: *Tradidit in mortem animam suam et cum sceleratis reputatus est. Vulneratus est propter iniquitates nostras. Cuius livore sanati sumus*».

Benedicto XIV en su obra *De festis B. Mæ. Virginis* (c. 4): «B. Virgo multo antea Filii non modo passionem, sed ipsius etiam passionis circumstantias habebat cognitatas, multoque noverrat exploratius quam David, Isaías et quilibet Prophetarum».

Atengámonos a lo que sintéticamente expresa San Alberto Magno:

«Sine omni triplici *vae* fuit beatissima Virgo Maria, sed tripliciter: sine *vae* culpae actualiter, sine *vae* poenae causaliter, sine *vae* ignorantiae habitualiter; ignorantiae autem dico eorum quae pertinent ad salutem vel mysterii incarnationis revelationem». S. Alberto M. (*Mariale* P. XXXI).

IV

Es claro que cuanto podemos decir de la cooperación de la Santísima Virgen a la obra de la Redención se ha de fundar simplemente en la voluntad de Dios manifestada en la revelación. Ni Dios necesita de nadie para redimir al mundo, ni Cristo puede dejar de ser el Redentor único y único Medianero para con el

³ ¿No conocía San Juan Bautista la *generación eterna* del Verbo? ¿Con qué derecho podemos decir que *no se elevaba sobre el nivel de los contemporáneos*? Si se urge este principio, hay que hacer bancarrota del profetismo y de las profecías. Y, sin embargo, esto se repite, copiándolo de los heterodoxos.

Padre en el sentido absoluto de la palabra. Sólo se trata de saber si Dios quiso asociar a su Hijo a la que él mismo le había destinado por Madre, no ya sólo en la cooperación física, por medio de la generación, sino en la cooperación moral por medio de actos voluntarios, que se aceptasen como coeficientes de la redención. Esta voluntad de Dios en general la afirmó San Bernardo en aquel magnífico principio: «Haec est voluntas Dei; qui voluit omnia nos habere per Mariam»: Esta es la voluntad de Dios, el cual quiso que todo lo tuviéramos por María.

Ahora bien: al preguntarnos por qué Dios pide el consentimiento de la Virgen para la obra redentora, hemos visto que son dos las respuestas principales:

1.^a — Que estaba en el plan de Dios vencer a Satanás por las mismas armas con que él había derribado al hombre. Es lo que cantamos en la Iglesia: «Hoc opus nostrae salutis — ordo depoposcerat: — Multiformis proditoris — ars ut artem falleret, — et medelam ferret inde — hostis unde laeserat». Por tanto, como al árbol del paraíso responde el árbol de la Cruz y al Adán prevaricador y causa total de la ruina responde el segundo Adán, causa total de la redención; así a la primera Eva sugeridora del mal, con verdadero influjo en la ruina, sucediese la segunda Eva, María, que tomase parte en la redención. Esta doctrina, eco de la predicación apostólica, como se ve por San Ireneo y Tertuliano, aparece hoy formulada clarísimamente en el magisterio eclesiástico.

Esto es lo que Tertuliano llama *aemula operatio*, que pudiéramos decir, plan de revancha, según la frase de Isaías: «Zelus Domini exercituum fecit hoc»: así lo hace la emulación del Señor de los ejércitos, y lo que muchos con S. Justino hoy día dicen: *recirculación*.

La 2.^a razón es que en la Encarnación del Verbo se verifican los místicos desposorios de la divina naturaleza con la humana, tantas veces anunciados en los profetas. Ahora bien: no convenía celebrar estos desposorios, sin que la naturaleza humana diera su consentimiento previo por medio de la Virgen.

Y vamos al primer punto: Eva y María.

Ya se sabe que algunos teólogos nos oponen aquí, que para salvar la realidad de esta oposición basta que la Virgen San-

tísima *de hecho* sea la Madre del Redentor. De este modo es la segunda Eva, que nos engendró al autor de la vida. Tenemos un influjo *físico* en la Redención, — pero el influjo moral o no aparece, o es *remoto*.

Respondamos. Ante todo, bien se ve que si la comparación establecida por los Padres no hace distinción, sino que contrapone a Eva María, lo que fué Eva para la ruina eso a lo menos será María para la redención. Tanto más que en Eva no tenemos sino el influjo moral, toda vez que en lo físico Eva procedió de Adán y no Adán de Eva. Además, no es éste el modo como lo entienden los Padres, según trataré de probarlo. Segundo, el mismo influjo físico de la Virgen en la generación de Jesús *no es como el de otras madres*; y no lo es, precisamente *en virtud del consentimiento previo*; porque otras madres no saben a quién van a engendrar, y ni son responsables, poco ni mucho, de los estragos causados por un hijo que sea el azote de un pueblo, ni acreedoras al encomio si no han hecho más que engendrar a uno que solamente por su cuenta llegue a ser Salvador de la patria.

En cambio, la Virgen *sabe* a quién va a concebir y dar a luz, y *para esti* se le pide el consentimiento. Luego no es una segunda Eva *ciega* y un instrumento *meramente físico* de la Encarnación, ni *ocasión* más bien que *causa* de la redención del mundo. Y dejemos a un lado que ella *acompaña* a su Hijo en la misma empresa de la Redención, ofreciéndole voluntariamente en el árbol de la cruz — punto que ahora no nos toca exponer, y que sería natural e interesantísimo complemento del presente.

Y esto es ni más ni menos lo que los Padres o implícitamente suponen o explícitamente afirman.

Así SAN IRENEO en su célebre texto (Adv. haer. I. III. 22): «Quemadmodum illa (Eva) inobediens facta est mortis, sic et Maria obediens et sibi et universo generi humano *causa* facta est salutis»⁴. La palabra *causa* dice de suyo cuál es la mente del Santo, pero ésta se esclarece si la *causa* se pone precisamente en

⁴ Y nota b. Ench. Pat. n. 224 *ib.* Quod enim *alligavit* Virgo Eva per incredulitatem, hoc Virgo Maria *solvit* per fidem. Y toda la metáfora del nudo, que no se puede saltar sino volviendo en sentido contrario la dirección de la atadura, parte por parte.

orden moral de su obediencia: Eva, *inobediens, causa mortis*: María, *obediens, causa salutis*.

Análogamente pudiéramos razonar sobre los textos de San Justino y de Tertuliano, en su sentido obvio, pero pasemos a San Juan Crisóstomo:

«Una virgen (Eva), el leño y la muerte son símbolos de nuestra ruina: “la Virgen, la cruz y la muerte del Señor son la *causa* de la victoria (*paraitía*)”». MG. 49. 396.

Y comentando el salmo 44 (MG. 55, 183) dice: «Una virgen nos expulsó del paraíso, por otra Virgen hallamos la vida eterna».

Dejando otros textos parecidos, veamos cómo esta célebre contraposición de María y Eva tiene expresión profunda en Teódoto de Ancira (... 438, † antes de 446) en su homilía 6.^a de la Epifanía cuya traducción latina aparece en Migne sin el texto original griego, publicado últimamente por JUGIE en la Patrol. orient. t. 19 (318 sq.).

«En vez del dragón, perverso agente que acarreó al mundo desgracias, viene del cielo el Arcángel con su buena nueva, adelantándose a la venida del Señor; y en vez de aquel que tuvo por usurpación el ser igual a Dios, se presenta el que es Dios por naturaleza y Señor, y principal autor de la regeneración de la naturaleza que él había criado. Pero en lugar de aquella que había sido suministradora de la muerte, la virgen Eva, fué llena de gracia divina la Virgen, y escogida para el ministerio de la vida. ἀντὶ δὲ τῆς πρὸς θάνατον διακονησαμένης παρθένου Ἐῤῥας, Θεοχαρίτωτο παρθένος. εἰς λειτουργίαν ζωῆς προσεχειρίζετο.

Nótese la fuerza de las palabras: «suministradora de la muerte» la Virgen Eva, y «elegida para la ministración (sagrada) de la vida», la Virgen María.

Virgen —continúa— comprendida en el sexo femenino, pero libre de la malicia de las mujeres, virgen inocente, sin mácula, del todo irrepreensible, sin tacha, sin defecto, santa en alma y cuerpo, nacida entre las espinas como lirio.

(n. 12 p. 330): «Esta Virgen digna del Criador nos la dió la divina providencia en calidad de aportadora de bienes.

(ibid. p. 331): Porque por tí tuvieron término las miserias de Eva; por tí perecieron los males; por tí se retiró el error; fué abolida por tí la aflicción; borrada la condenación por tí. Por tí [por tu causa, *dià sé*] fué redimida Eva».

Clarísimamente se ve por todo este modo de hablar, que los Padres no piensan en una cooperación meramente física, por haber sido María Madre del que nos redimió, sino que hablan de una verdadera cooperación moral, a lo menos tanta como fué la de Eva para la ruina.

Los doctores medievales y los exegetas y teólogos posteriores no hacen sino esclarecer más y más estos conceptos. Dice San Buenaventura:

«Patriarchatus quem habuisset Adam in numero virorum et Eva in numero feminarum ut sederet ad dexteram Dei, id est, in *potioribus bonis*, translatus est ad Christum et Mariam, Matrem eius, quia sicut illi fuerunt *peremptores* humani generis, ita isti fuerunt *reparatores*». S. Bonav. *de Assumptione*, serm. 3, IV.

Muy explícito es S. Alberto M. super Missus qu. 29 ss. III (Opera omnia Lugduni 1651, t. XX p. 31 b.).

«Maria omnes nos in vitam aeternam in Filio et per Filium vocavit et regeneravit, *Mulier* merito dicta fuit. Nomine autem *Evae* vocari non debuit, cum in re et effectu contraria ei fuit per omnia» (sigue una serie de antítesis, de las que entresaco algunas): «illa quidem omnes generavit in mundum; ista in caelos...; illa gratiam perdidit; ista gratiam invenit...; illa de latere viri dormientis facta est; ista de corde Dei vigilantis: illa viro suo occasio perditionis; haec viro *adiutorium redemptionis*». Alude al «Faciamus ei adiutorium simile sibi». Y en la cuestión 145 n. 12, al afirmar que la Virgen Santísima es madre no solamente de los hombres redimidos que la siguieron, sino también de los que la precedieron, se propone a sí mismo la objeción obvia de que la madre es quien ha de preceder a los hijos, y no los hijos a la madre. Y antes de responder a esta objeción con la predestinación de la Virgen anterior a las demás, por ser *primogenita ante omnem creaturam*, «ipsa enim ante saecula praedestinata est, ut esset principium ex quo recreandum fuit omne creatum», dice a nuestro propósito: Mater est secundum omnes proprietates maternitatis. *Genitura* [generatione]: quia unum hominem genuit, in quo omnes regeneravit... Item mater nostra est *cura*: quia in uno nobis genuit quidquid ad hanc vitam vel futuram necessarium nobis fuit: unde dicit: a generationibus meis

implemini. Eccli, 24, 26. Item, quae *proprio Filio suo non pepercit*, quomodo nobis non omnia cum illo donavit? (Rom. 8, 32). Esta frase es por extremo expresiva y no da lugar a tergiversar el pensamiento del Santo Doctor sobre la *asociación moral* de María a la redención del mundo.

Aleguemos por último a Salmerón, que escribe:

«Ut ibi [in paradiso] a duobus sed praecipue a viro casus mundi profectus est, ita salus ac redemptio a duobus, sed praesertim a Christo proficiscitur. Nam quidquid habet virtutis Maria, a Christo accepit, non tantum propter decentem quamdam congruentiam, sed etiam propter excellentem Christi in redimendo virtutem, quam Matri suae (cuius opera minime indigebat) tamquam *corredemptrici* communicare voluit, non solum sine dedecore suo, sed cum magna gloria ipsius Christi. Nam ut prior femina a viro habuit costam, ex qua condita fuit; ita secunda Eva haec spiritum a Christo accepit, quo posset esse aliis auxilio et saluti». (Salmerón Comment. in Evangelia tr. 41; Opera omnia t. X, p. 339 ab.).

V

La segunda razón de congruencia para el consentimiento previo, son los desposorios de la naturaleza divina con la humana en la persona del Verbo;

El gran intérprete portugués, BARRADAS, hablando de estos divinos desposorios de la naturaleza divina en el Verbo con la naturaleza humana en la Virgen, dice así:

«Dió por fin la prudentísima Virgen al Angel su deseadísimos consentimiento y pronunció su palabra y concibió al que es Verbo de Dios. Porque después del consentimiento, en aquel benditísimo seno el Verbo se hizo carne. «No hay dilación, dice San Agustín (l. cit.), vuélvese el embajador y entra Cristo en el tálamo nupcial; recibió la vestidura de la carne en el tálamo de la Virgen; el hombre se desposa con la divinidad».

«Así es que —continúa BARRADAS— siendo intermediario Gabriel, celebráronse en el tálamo del seno virgíneo aquellas admirables nupcias, por las que la naturaleza humana se juntó con la divina en lazo indisoluble. Por lo cual San Agustín, en los comentarios del Salmo 18, comentando aquellas palabras: «El

es como esposo que sale de su tálamo», las interpreta de Cristo Esposo, que sale, como de un tálamo, del seno de la Virgen. «El, dice, saliendo del seno virginal, donde Dios se unió con la naturaleza humana, como esposo con su esposa». Y LORENZO JUSTINIANO en su libro De casto connubio, c. 9, dice: «El Verbo es el Esposo, la carne la esposa, el seno virginal el tálamo». (Muchas otras preciosidades).

Y añade: «Por eso Gregorio Magno en la hom. 38 in Evangelia dice: «Entonces celebró Dios Padre las bodas de su Hijo, cuando le unió con la naturaleza humana en el seno de la Virgen; cuando quiso que quien antes de los siglos era Dios, fuese hombre al fin de los siglos»...

Así es que el seno incontaminado de la Virgen fué el tálamo de estas nupcias.

Y la misma Virgen, para que estas bodas se celebrasen, dió su consentimiento *en representación de toda la naturaleza humana*. Santo Tomás en la 3 p. q. 30 a. 1, dice: «Fué conveniente que a la bienaventurada Virgen se anunciara que había de concebir a Cristo, para que se mostrase que había aquí cierto espiritual matrimonio entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana, y por eso por medio de la anunciación se esperaba el consentimiento de la Virgen en lugar de toda la naturaleza humana».

«Con razón el Damasceno en su discurso 1 de la natividad de la Virgen, da a esta Virgen Madre de Dios los títulos de oficina de milagros y abismo de ellos».

El autor desconocido del célebre sermón 17 de Nativitate...

«Oh Bienaventurada María; todo el mundo cautivo suplica tu consentimiento, a ti te hace el mundo ante Dios representante de su fidelidad (*te Deo mundus suae fidei obsidem facit*)...»

VI

El consentimiento de María no fué sino la expresión formal de su preparación anterior para este misterio por medio de todas las virtudes.

Muchas cosas admirables recogen aquí los autores, y en especial San Pedro Canisio, que tiene un hermoso capítulo sobre el mérito de congruo en la Virgen Santísima. Por alegar algún tes-

timonio menos conocido, sólo diré que la tradición del Oriente es espléndida.

Aun en medio del cisma de Focio brilla con singular esplendor la gloria de la Virgen, como una luz que desde las lejanías de la primitiva Iglesia se abre paso a través de los siglos e ilumina las iglesias disidentes para conservar en ellas la confianza en la Madre que los ha de salvar.

Nicolás Cabasilas, arzobispo de Tesalónica, en la primera mitad del siglo XIV dice en su hermosa homilía sobre la Anunciación: (Bibl. Orient. t. 19 p. 487-8; *In Annunt.*).

«Desde la cuna edificaba domicilio para aquel que podía salvar y le hacía una habitación hermosa y capaz... Y ya de esta manera ayudó al género humano antes del tiempo de la salud universal. Pero cuando ya éste se echaba encima y llegó el Angel, creyó, dió su asentimiento, desempeñó su ministerio, porque estas cosas eran necesarias y absolutamente requeridas para nuestra salvación; y si ellas hubieran faltado, no les quedaba remedio a los hombres. οὐδὲν ἄν ἦν πλέον ἀνθρώποις

«Porque si, como he dicho, la Bienaventurada no se hubiera preparado, no era posible que Dios mirase al hombre con rostro benigno y quisiera bajar no habiendo quien le hubiera de recibir y pudiera prestar su ministerio para la obra de la redención⁵. Y si no hubiera creído o no hubiera consentido, la voluntad de Dios en nuestro favor no hubiera podido llegar a realizarse... Porque así como sin aquellas tres (divinas Personas) no podía nacer este plan, así también, negando su consentimiento y fe la Inmaculada, era imposible que llegase a ejecutarse».

n. 9. «Y si no faltó a la Virgen nada de lo que podía hacerla Madre de Dios, y por lo tanto concibió un amor vehemente hacia El, mal podía Dios negarle una compensación igual y dejar de hacerse Hijo suyo».

n. 10. «Y así como diciendo Dios «Hágase la luz», al punto la luz fué hecha, así, tan pronto como habló la Virgen, brotó la luz verdadera, y se unió con la carne y fué llevado en el vientre materno el que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. ¡Oh voz sagrada! etc. Por tales palabras ¿qué acciones de gracias podemos tributarte nosotros? ¿De qué manera deberemos hablarte, no habiendo entre los hombres nada que sea digno de tí?».

⁵ πρὸς τὴν οἰκονομίαν διακονῆσαι δυναμένου.

Los mismos sentimientos rezuma su homilía «In dormitio-nem Deiparae» (ibid., p. 496), n. 2 (39 B).

«Ciertamente que todas cuantas alabanzas han oído jamás los hombres, si alguien ha alabado jamás a nuestro linaje, todas ellas se han de aplicar singularmente a la Virgen. Porque no hay bien alguno, no lo hay, grande o chico, que pueda acarrear alabanza, que no lo hayan traído esta nueva madre y su nuevo parto, no solamente cuando éste vino, sino aun antes de que viniera, con sólo haber de venir.

«Porque si todo lo hacemos para ganar a Dios, y si éste es para nosotros en fin de todos los bienes; y éste a su vez *era inaccesible a los hombres sin las gracias de la Virgen*, ¿cómo no se han de referir a ella todas las cosas? Porque cuanto en los hombres hay digno de alabanza, es causa de alabanza, y la causa de todos los bienes que en nosotros hay es la concordia con Dios, y *la causa de esta concordia fué la Virgen*.

...«Más aún, si los hombres subsisten y tienen aún el ser mismo, se debe atribuir a esta Virgen. Y no solamente esto, sino también el cielo, y la tierra, y el sol y todo este universo, llegaron a tener la perfección de su ser, y aún el ser simplemente, por la bienaventurada Virgen, como el árbol por su fruto». Aquí tenéis aplicado a la Virgen Santísima, como a su tallo, lo que de la flor que es Cristo dice tan gañanamente Fr. Luis de León en su nombre de *pimpollo*.

n. 6. «(Cristo) al morir en la cruz, reconcilió perfectamente al Padre con los hombres; mas la Bienaventurada (Virgen) ofreciéndose asimismo a Dios, tuvo tal fuerza para la reconciliación⁶, que hizo venir hasta los hombres al Creador, y enviado ya, le hizo hermano de aquéllos por quienes había de interceder a Dios; con lo que ya se los apropió como parientes y familiares».

III

Por otra parte, el consentimiento es tan eficaz que, disponiéndolo Dios, de él depende exclusivamente la realización del misterio.

Es claro que Dios N. S. preveía el consentimiento de la Virgen, pero además no hay ningún indicio de que si ella no

⁶ τοσοῦτον εἰς τὴν καταλλαγὴν ἡδυνήθη.

hubiera consentido, Dios hubiese acudido a otro remedio. Este es, como veremos, el sentir del autor desconocido que lleva el nombre de San Agustín, y el de San Bernardo (VD, p. 293) y otros. Luego el consentimiento de la Virgen es eficazísimo y *decisivo* en la obra redentora, que *jurídicamente* termina en la misma Encarnación. Cuando con el *Fiat* de la Virgen se llenó de gloria la casa del Señor, que era su seno virginal (Ez. 43, 5), el Verbo Eterno encarnado se inmola al Padre, repitiendo las palabras del Salmo (115, 16) como lo consigna San Pablo: «*Ingređiens in mundum dicit: Hostiam et oblationem noluit, corpus autem aptasti mihi; holocausta pro peccato non tibi placuerunt. Tunc dixi: Ecce venio; in capite libri scriptum est de me, ut faciam Deus, voluntatem tuam*». Y añade el Apóstol: «*In qua voluntate sanctificati sumus*». (Hebr. 10, 5-7).

Permítasenos extractar algunas ideas que más ampliamente expusimos en *Verbum Domini* (17 (1937) 199-204; 225-233; 289-295).

Tanto el autor desconocido, como S. Bernardo y otros que lo imitaron, se imaginan presentes a la escena, antes de que la Virgen dé su consentimiento: y el primero de ellos le dice con ansiedad: «*Responde iam, Virgo sacra: vitam quid tricas mundo? Assensum tuum Angelus praestolatur; inde est quod nuntius iste moratur... O beata Maria, saeculum omne captivum tuum deprecatur assensum. Te Domino mundus suae fidei obsidem fecit...*, etc. *Pande sinus roseos, Virgo perpetua; fides tua modo aut aperit caelum aut claudit*»; es el famoso sermón 120 in Natali, publicado en ML, 39, 1984-1987, análogo al de Annuntiatione o de Sanctis 18; publicado ibid. col. 2104-2107, vid. 2105. ¿Se podía expresar con más energía la eficacia del consentimiento?

San Bernardo se expresa en estos términos: «*Exspectat angelus responsum: tempus est enim ut revertatur ad eum qui misit illum. Exspectamus et nos, o Domina, verbum miserationis, quos miserabiliter premit sententia damnationis. Et ecce offertur tibi pretium salutis nostrae: statim liberabimur, si consentis. In sempiterno Dei verbo facti sumus omnes et ecce morimur: in tuo brevi responso sumus reficiendi, ut ad vitam revocemur. Hoc supplicat a te, o pia Virgo, fidelis Adam cum misera sobole sua exsul de paradiso; hoc Abraham, hoc David.*

Hoc ceteri flagitant sancti Patres, patres scilicet tui, qui et ipsi habitant in regione umbrae mortis. Hoc totus mundus tuis genibus provolutus exspectat. Nec immerito, quando ex ore tuo pendet consolatio miserorum, redemptio captivorum, liberatio damnatorum: salus denique universorum filiorum Adam, totius generis tui». Estas palabras las hace suyas San Alfonso María de Liguori en su obra inmortal y devotísima «Las glorias de María».

Si con este dramatismo admirable, en el momento anterior al consentimiento se dice a la Virgen *ex ore tuo pendet...* *salus universorum filiorum Adam*, o también *fides tua modo aut aperit caelum aut claudit*, evidentemente se afirma que el consentimiento es necesario, y de una eficacia decisiva.

Ni hay que pensar, según la mente del Santo Doctor, en que si la Virgen no diera el sí, había preparada otra mujer que se asociase a la redención. San Bernardo lo excluye positivamente: «*No hay otra, dice, tú misma eres la Virgen a quien se hace la promesa. Tú eres la prometida, la esperada, la deseada... in qua et per quam Deus ipse rex noster ante saecula disposuit operari salutem in medio terrae. Quid ab alia speras, quod tibi offertur? quid per aliam exspectas, quod per te mox exhibebitur, dum modo praebeas assensum, respondeas verbum? Tu es cui hoc promissum est, immo tu ipsa, non alia. Super Missus est h. 4, n. 8 MPL 183, 83, 84.*

No hay, pues, dificultad, explicando bien los términos, en aplicar a la Virgen Santísima los gloriosos títulos de corredentora del género humano y otros semejantes, fundados en la realidad de su cooperación a la redención del mundo y que de una u otra manera han empleado sin escrúpulo los últimos Pontífices.

Justo es terminar con dos magníficos testimonios de León XIII, que proclaman la cooperación eficaz de la Virgen Santísima a la redención por su consentimiento representativo de todos los hombres:

«*Item: Nemo unus cogitari potest qui reconciliandis Deo hominibus parem atque illa operam vel unquam contulerit vel aliquando sit collaturus. Nempe ipsa ad homines in sempiternum ruentes exitium servatorem adduxit, iam tum scilicet cum pa-*

cifici sacramenti nuntium, ad Angelo in terras allatum, admirabili assensu loco totius naturae humanae (S. Thom. III p., q. 10 a 1) excepit». Encycl. *Fidentem*, 20 Sept. 1896.

«Divina consilia addecet magna cum religione intueri. Filius Dei aeternus, cum ad hominis redemptionem et decus, hominis naturam vellet suscipere, eaque re mysticum quoddam cum universo humano genere initurus esset connubium, non id ante perfecit, quam liberrima consensio accessisset designatae Mariae, quae ipsius generis humani personam quodammodo agebat». Encycl. *Octobri mense*, 22 sept. 1891.

LA TEOLOGIA FUNDAMENTAL EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX (III) *

El Problema de la Credibilidad

Por HUGO M. DE ACHÁVAL, S. I. — San Miguel

Después de haber tratado de la apologética y de la teología del acto de fe, nos queda por examinar el tema de la credibilidad de la revelación a la cual corresponde la fe, tema que si no es el objeto adecuado de la teología fundamental, es su núcleo central, en cuanto de su solución depende el planteamiento de los problemas religiosos que el cristianismo suscita.

Desde dos puntos de vista se puede enfocar el problema de la credibilidad: desde dentro o desde fuera. Ambos puntos de vista son posibles y legítimos; ambos disponen de primeros principios o puntos de partida distintos, ambos usan de medios de investigación que les son propios y en consecuencia ambos, aspiran y llegan a soluciones propias.

Desde fuera, supuesta una concepción filosófica verdadera, la conclusión no ha de ser otra que la *evidentem fidei christianae credibilitatem*, definida por el Concilio Vaticano, es decir, la certeza moral de la credibilidad de la fe cristiana.

* Véase CIENCIA Y FE, Nos. 19 y 20.